

Y con tal calor hablaba de esto, que cuando doña Teresita se acercó á él para preguntarle si le parecía discreto señalar sesenta pesetas mensuales, quedóse perplejo, meditando. Al advertir su esposa tales dudas, dió media vuelta y fué derecho á Guillermina, diciéndole con acritud altanera:

—Mañana comienzas tu carrera de profesora; de profesora de música. Puedes agradecerérselo á tu hermana Agueda. Por ella se te abren las puertas de la vida. Supongo que no pensarías en pasar tu existencia haciendo escalas.

41

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO III

Los domingos por la mañana Antolín y Guillermina solían salir juntos de paseo. Era el único día en que la pianista daba paz á las manos, consintiéndole su madre aquel descanso y aquellas correrías con el ciego. Agueda no iba nunca con ellos porque ni en domingo cesaban sus empresas humanitarias; al contrario, los domingos eran más numerosas, porque sólo la Escuela dominical absorbíale la tarde. Doña Teresita no salía de su hogar como no fuese para recorrer tiendas, y en cuanto á Torrecilla, el domingo era el día dedicado por él á las más altas investigaciones, pasándose las horas enfrascado en el estudio. Sólo el ciego y Guillermina extraían del domingo el goce del descanso, y desde muy temprano, si el tiempo era bueno, bajaban de la meseta de las Vistillas y por el camino ribereño del Manzanares, después de atravesar el puente de Segovia, iban á la Casa de Campo. Era su lugar predilecto; aún para el ciego tenía la Casa de Campo intenso atractivo, goces íntimos: la soledad con su silencio, el aire puro y embalsamado de montaraces aromas, el canto de los pájaros en los bosquetes, el ruido de las ramas al soplo del viento, el rumor de las caceras del riego, tan sonoro, tan amigo; pero sobre todo, Antolín, desde que transponía la puerta de aquella hermosa finca, sentía que su hermana se transformaba súbitamente en aquel ser que él admiraba tanto, lleno de ensueños, de ambiciones, estallando vigorosa, valiente, la rebeldía.

Es difícil decir si en estos paseos el ciego acompañaba á Guillermina ó Guillermina acompañaba al ciego. Sólo sabemos que doña Teresita no hubiera consentido á su hija ir sola, y así podemos decir que era el ciego el que la acompañaba. Antolín iba con su bastón, pero sin hacer uso de él, porque su hermana, cogiéndole de la mano, le conducía.

33122

Entraron. La alta bóveda de plátanos recién reverdecida les bañó en su sombra; sintieron el frescor húmedo, la placentera impresión del que penetra en el paraje en que se solaza el alma. Parecía que á la puerta quedaba algo de su vida monótona, gris, cotidiana, y que en cambio allí mismo les infundían algo nuevo, un espíritu vivífico y alado que inflamaba sus pensamientos y aguzaba las sensaciones. Era tan fuerte esta impresión bienhechora, que cuatro pasos más allá sentábanse en el primer banco que Guillermina veía. En aquel asiento gozaba el ciego del fuerte murmurio de un surtidor que con su chorreo parecía enviarle saludo campesino; traíale el recuerdo de las escalas de Guillermina y oíalo como un eco que con tierna burla remedaba el tecleto de su hermana.

Sentados en aquel banco solían permanecer silenciosos sin que Guillermina soltase la mano de Antolín. Después seguían andando, llegaban hasta el lago y en sus orillas se detenían. Antolín, sin ver aquella inmensa charca cuya superficie se rizaba con la brisa, sentía en el rostro la húmeda caricia del aire y la vaga sensación de los grandes espacios. Allí era costumbre hacer otro alto sentándose en la margen misma, en los tendidos ribazos, entre espesos matorrales y la ramazón densa de los arbustos que crecen lujuriosos al arrimo del agua. Allí el silencio es profundo; sólo oyeron los misteriosos rumores de la naturaleza en activa y fecunda lozanía, en floración espléndida, reventando los capullos y crepitando bajo la verde carga las encorvadas ramas. La fronda en aquella ribera es baja, como de matorral, pero es tupida y apretada; para internarse en ella es menester apartar la ramazón abriéndose trabajosamente paso. El suelo blando y arenoso convida á reposar como en mullido lecho; las celindas en flor forman doseles y del monte cercano viene el viento cargado de balsámico aroma de tomillo.

Allí se internaron Antolín y Guillermina; era un día ardoroso del mes de junio; el sol intenso inflamaba el aire y de las aguas trascendía humedad cálida. Una atmósfera plateada y vaporosa cerníase pesada sobre la ribera; la quietud del aire, la quietud del

ramaje, era incitadora del perezoso descanso, de la quietud soñolienta.

Los dos hermanos, fatigados, tendiéronse en la orilla, al borde mismo del agua, bajo el frondoso dosel verde. Guillermina acomodó á su hermano bajo la sombra más espesa, y Antolín, así que se halló tendido, buscó á tientas con sus manos el rostro de Guillermina, y acercándole al suyo le dijo al oído estas palabras:

—Alégrate, alégrate. Él va á venir. Yo le he citado.

Las manos del ciego, que acariciaban, oprimiendo, la cara de Guillermina, debieron sentir la llamarada pudorosa que encendió de súbito aquel rostro, tiñéndole de rojez intensa y fuerte.

Pasó largo tiempo antes de que la Torrecilla, repuesta de la sorpresa, contestase:

—Antolín, ¿qué hiciste? ¿Y si lo saben?

—Esteban es mi amigo.

Y dicho esto, Antolín con voz potente gritó el nombre de Esteban. Nadie respondió. En el silencio oíase el agudo zumbido de los insectos y de cuando en cuando una leve ondulación del ramaje y de las aguas que con menudas olas se removían rizosas y sobre la arena dejaban borbotones de espuma. Era ya media mañana; la impresión del sol ardiente hacía más hondo el silencio y más cariciosa aquella sombra en que reposaban los dos hermanos. Antolín parecía adormecerse; Guillermina estaba atenta al más leve murmullo de los enmarañados matorrales.

—Antolín, no te duermas.

Antolín no contestaba; su hermana veíale tendido sobre la arena ligeramente enverdecida; su rostro pálido tomaba tintes lívidos bajo la sombra verdosa: tan quieto estaba que parecía muerto. Guillermina creíase sola en la orilla de un lago de aguas inmóviles, en medio de una selva tupida, inmensa, silenciosa. Sintió primeramente una vaga impresión de miedo, y después, casi de repente, la brutal acometida del espíritu rebelde que la incitaba á la rebelión con sacudidas terribles.

Oyóse estremecimiento del ramaje; Guillermina volvió la vista y vió delante, casi á su lado, á Esteban, alto, gallardo, con su

barba rubia y sus ojos de claror verdoso. Presentóse erguido, grave, con mirar altanero, dominador, seguro de su porte de buen mozo. Antolín, al sentirle, incorporóse entre las ramas.

—Hombre, ya creí que no venías.

—Recorrí toda la orilla en busca vuestra.

—Pues aquí nos tienes sin más compañía que los insectos que me zumban en los oídos. Ahí tienes á Guillerma, que te contará de su nueva vida de profesora. Todas sus ideas de esplendorosa grandeza vienen á tierra; puede más, mucho más, la pequeñez de la vida. Ella te dirá; yo ya le he dicho que no cuente conmigo; ciego soy de estos dos ojos, no quiero cegar también apagando la luz del alma. Si tú haces traición á la idea, yo no soy traidor; yo tengo mi sueño de grandeza y de gloria, yo quiero ser algo, correr, vivir, elevarme á la sublime condición de pordiosero; sublime sí, porque levanta en las almas dormidas un sentimiento puro. Iré haciendo el bien por el mundo. Lo que me den, no será limosna, no, no será limosna; será pago del bien que habré hecho evocando con mi presencia buenos sentimientos. Pues qué, ¿acaso no creéis vosotros que el placer de ser caritativo no vale más, mucho más que la caridad hecha?.. Y he pensado que el callejear las calles de la corte es cosa vil, oficio de seres pequeños, postulantes indignos de tan alto ministerio como es el de despertar la caridad dormida en los corazones. No, no me digáis que mendigue por las calles y que de noche vuelva al hogar tibio, al arrimo cariñoso. No haré yo eso. Saldré á los caminos y á las carreteras; iré de pueblo en pueblo... ¿Que no veo? ¡Qué importa!

Guillermina, sentada al borde del agua, indicó á Esteban un lugar á su lado. Y Esteban reclinó su cuerpo gallardo al lado de su novia, que le miraba con mirada triste y le dijo al verle cerca:

—¡Pobre Antolín! No le hagas caso; delira. Ahora le acomete el ansia de correr el mundo mendigando, y se enfada y llora porque yo doy lecciones de piano. Él hubiera querido verme también corriendo el mundo. ¡Ah! También lo correremos... tú con tu arte, yo con el mío.

Hubo un silencio; sólo se oía el leve chapoteo del agua que con

ribete de espuma burbujeaba muriente en la arena caldeada por el sol de fuego.

—¿Qué dices tú, Esteban?

—Lo que siempre te dije, Guillermina: vuestros locos sueños parecen devaneos de almas calenturientas. Nadie de vosotros tiene un adarme de juicio, ni un grano de buen sentido. ¡Correr! Bien está. Sí, correremos el mundo; pero vamos poco á poco, no seamos aturdidos.

Dijo estas palabras con tal frialdad, con deseo tan hondo de cortar el revuelo de la fantasía torrecillesca, que Guillermina sintióse estremecida. Pasó rápido el estremecimiento y sucedióle uno de aquellos arranques impulsivos, de fuerza arrolladora, que apoderándose de su ánimo le impelia violentamente; en toda su faz se reflejaba la fuerza acometedora: los labios se contraían, los ojos quedaban fijos, pero refulgiendo secos; la nariz, contraída, palpitaba, y hasta la barbilla, diminuta, fina, sonrosada como capullo apretado, temblaba con violencia nerviosa.

—Calla, calla; si yo no puedo quererte, si yo no sé por qué te quiero. Calla. Querernos, nunca; si pensarás tú que yo busco en ti el buen sentido, ese adarme de juicio miserable que á mí me falta y que tú tienes para mi tormento. ¿Eres tú el artista que sueña con pasear sus obras triunfantes por todas las exposiciones del mundo? ¿Triunfar tú? ¿En dónde, pintamonas? ¿Y soy yo, una mujer, y es mi hermano, un pobre ciego, los que hemos de dar impulso á nuestra vida? ¿A ti te satisface verme dando lecciones de piano á unas cuantas niñas que ni siquiera un día me darán ni tanto así de gloria, diciendo que fuí su maestra? No quiero oírte. ¿Para qué viniste? Vete á pintar tablas para venderlas luego por dos pesetas en los baratillos.

Expresábase la Torrecilla con tono de amenaza, casi de insulto, y su novio la escuchaba con serenidad tal, que era comparable en aquel momento con la superficie del lago, quieta, tranquila, sin una sola onda que la rizara. Era una calma imponente, no como la de aquel día de verano, llena de vida ardorosa, sino llena de frialdad huraña y, al mismo tiempo, soberbiamente altiva, desde-

ñadora de los impulsos juveniles, de los arrebatos ensoñadores. Guillermina le miró frente á frente, sus ojos negros centelleaban fulgentes; en una breve pausa tomó resuello y luego siguió el curso de sus ideas.

—Eso es: ¿para qué viniste?, ¿quién te ha llamado? ¡A pintar tablucas y á pasearlas luego por todas las exposiciones..., digo, por todos los cafés del mundo, en busca de buenos parroquianos! Vete de mi lado, déjame, déjame... Te odio, odio tu arte, odio tu buen sentido. Si no me sirvieras para libertarme de una servidumbre que me roe, ¿para qué me servirías tú, pintorzuelo? ¿Qué haría yo? Cambiar de esclavitud, cambiar de tirano. ¡La tiranía no; la rebeldía siempre, siempre!

Esteban halló aquí momento para acometer irónicamente, como cuadraba á su frialdad de hombre altivo, desdeñoso y soberbio.

—Sin un tirano que te esclavice no serás rebelde; sería inútil la rebeldía.

La de Torrecilla se puso en pie casi de un brinco y con voz imperiosa llamó á su hermano.

—Vámonos de aquí; esta quietud me hace daño; subiremos hacia el monte, bajo los encinares; estos matorrales me ahogan.

Salieron de las tupidas matas y comenzaron á caminar por sendas frondosas, húmedas, perfumadas, llenas de aromas montunos. Iban los tres en silencio. Toda la naturaleza yacía en una quietud de ardoroso estío; esta quietud se comunicaba á las almas produciendo en ellas sedación deleitosa. La tierra exhalaba vaho húmedo; de cuando en cuando oían en los ribazos rumor de agua corriente; parábanse á verla. Erañ las regueras con su abundante acopio; agua nítida, clara, con transparencias de cristal; aquel agua parecía hablar por ellos, y ellos la oían susurrante, chapoteadora. A veces el manso curso se atorrenciaba, y entonces veían caer la espuma por el reborde del caz; en tales sitios era más larga la parada. El ciego se complacía en oír aquel rumor monótono, espumeante, de agua que va siempre corriendo y siempre adelante por un largo camino. Él la seguía con el pensamiento y la seguía

con el deseo; aquel ruido de arroyo emparejaba con el ensueño suyo y gustábale oírlo. Esteban y Guillermina, sin mirarse los dos entre sí, miraban los dos al ciego; parecía que sus miradas se daban cita sobre aquel rostro pálido, apagado, como otros amantes se citan sus miradas en la luna apagada y pálida.

Guillermina andaba con andar perezoso, ronco, llevando siempre á Antolín de la mano. Esteban andaba con firme paso, con el cuerpo erguido, mirando serenamente con su mirada dura, provocativa, insolente. Su cuerpo alto tiene al andar un leve contoneo y la cabeza reciamente asentada sobre los hombros se eleva con frecuencia al cielo con gesto de hombre que desdeña las cosas raseras. Es hermosa aquella cabeza de perfil levemente aguileño, de línea fina. Bajo la frente espaciosa de suave coloración macilenta se levanta con exquisita elegancia la corva nariz, y bajo ella el bigote rubio, sedño, con delicados matices de oro, como la graciosa barba terminada en revuelta y aborrascada punta. Y del mismo color y tono que el bigote y la barba, la densa, la abundante cabellera que se riza bajo el sombrero de anchas alas y deja caer casi tapando la oreja una melena redonda y encrespada como bucles de oro. Y armonizando con las guedejas rubias y con la encarnadura pálida, mate, fría, aquellos ojos claros, de mirada impasible, casi atormentadora, que parecen destellos de luna en noche helada.

El vestido del artista corresponde á maravilla con la gentileza juvenil de su persona y aun con su continente frío. Prefiere de modo muy ostensible los tonos más oscuros, muchas veces el negro, que da más severidad á su porte y contrasta la blancura nivea, marfileña, de su cara y el dorado tono de su cabellera. La corbata se anuda siempre con desgairado lazo de flotantes puntas. Dato infalible: la corbata es siempre negra; suprema coquetería de aquel hombre que aparenta en su vestir, en sus maneras, en toda su persona un aire gentil de blando descuido, de elegante abandono. Al verle, nadie sabe si aquel pintor es un aristócrata que quiere con todo el aparato externo colocarse al nivel de sus bohemios camaradas, fingiéndose de condición humilde, de cuna

pobre, ó si es en verdad nacido en pobre cuna, en humilde familia y se esfuerza con apariencias de frívola elegancia por elevarse al nivel de los artistas que miran ya cara á cara la vida, frente á frente el mundo.

Guillermina, por el contrario, marca su condición en su vestir airoso, de pulcritud nívea. En cuanto la primavera tiende sobre la tierra su manto de flores y el sol enciende el aire con lumbradas de oro y los bosques se engalanan con pabellones de espléndida lozanía, ya la hija menor de los Torrecillas se viste con los airosos y galanos trajes de claros y primaverales tonos, que en su cuerpillo garboso tienen la fresca gracia de las primeras flores.

Así iba esta mañana, resguardada del sol la cabeza por un sombrero de paja orlado de violetas y sombreándose el busto por una sombrilla roja como las amapolas.

Entre unas tupidas adelfas, bajo un dosel de acacias olorosas, hallaron una fuente que manaba chorro abundante. El calor intenso, la quietud ardorosa, avaloraba la frescura del manantial sonoro; al estrellarse el agua en el brocal de berroqueña, incitaba tentadora á gozar de su frescura. Guillermina fué la que primero se acercó al chorro; dejó en tierra la sombrilla, y encorvando graciosamente el cuerpo, acercó la boca al dorado y reluciente caño, aplicó los labios y bebió con ansia el agua que como un don preciado caía. Al incorporarse, rióse de sí misma: todo su rostro, los rojos labios, las encendidas mejillas, sobre la nariz, hasta en las negras cejas rebrillaban las gotas temblorosas, frescas, brillantes, como si la hubieran salpicado de menuda pedrería. Su carcajada era tan fresca, tan cristalina, tan sonora como el chorro de la fuente. Llevóse rápidamente las manos al rostro y se lo enjugó con las palmas. Una humedad leve abrigó su piel de rosa, y puesta cara al sol, miró entornando los párpados á Esteban, que también la miraba grave desde la sombra de las adelfas. Acercósele la niña, púsose frente á él clavando su mirada en los ojos acerados del artista, de tal modo, que hizo brotar de ellos una mirada tierna, dulce.

—Será lo que tú quieras—le dijo Guillermina,—siempre lo que

tú quieras, con tal que me mires. Mírame ó te vuelvo á llamar pintamonas.

Y se miraron, primero con seriedad imponente y al fin con sonrisa mimosa.

—Así te quiero—dijo Esteban,—con el encanto dulce de la vida y no con el amargo ambicionar del ensueño.

—Como tú quieras, si me quieres siempre, artista mío, pintor mío.

Y repentinamente, con brusco movimiento, con imperiosa palabra trocó el caricioso charloteo por el mandato de que también él bebiese de aquel agua.

—Yo no sé beber de esa manera; ni tengo sed tampoco.

—Miren ustedes el caballero del remilgo, el gran señor del escrúpulo. Bebe, mira que me parece esta agua el agua de la vida; lo mismo fué beberla que disiparse refunfuños y enojos. Bebe. Yo desde que bebí al chorro te quiero más. ¡Si es la fuentecita del amor! Bebe, tonto; aquí beberán los pastores y las pastoras. ¿Quieres beber aquí en mi mano? Verás cómo hago con las palmas un cuenco y cojo el agua y te la doy y la bebes, y te gustará más que el agua misma, el vaso. Verás, tonto.

Dicho y hecho. Con las palmas de la mano, sonrosadas como pétalos, hizo una cavidad apretándolas mucho, y en el chorro llenó de agua el carnosos cuenco que entre las junturas filtraba hilos brillantes. Una carcajada fresca acompañó al acarreo del agua que ofreció á Esteban alargando hasta él los brazos. Él bebió con deleite hundiendo el dorado bigote entre las húmedas palmas de Guillermina.

—¿Verdad que está muy fresca? ¿Verdad que está muy rica?

—Mucho, mucho.

De tal modo Esteban hizo franca alusión al cuenco, que Guillermina dió rápida vuelta para ocultar el vivo carmín de sus mejillas, y entonces hallóse con el ciego tendido en un ribazo del camino, olvidado un momento de todos y tranquilo, sereno, de tal modo, que cuando su hermana le dijo que se levantara, él opuso tenaz resistencia, porque era, en su opinión, el mendigo que tirado en el

borde de la polvorienta carretera tiende la mano y pide una limosna.

—Tú vete con tu pintorcillo, vete con el tirano que te corta el vuelo; déjame á mí, que hoy emprendo la vida nueva, la vida libre. Yo no vuelvo á mi casa. Yo no quiero tener ni casa, ni servidumbre aborrecible de familia que me desprecia, que me deja como trasto inservible, silla perniquebrada ó mesa coja, por los rincones. No, no; yo no volveré más á las Vistillas. Tú vuelves con Esteban y se lo dices á mi madre que yo no quiero, que yo soy un hombre que al perder la vista perdió todo el cariño de la tierra.

—Antolín, no hables así, que me matas; mira que soy yo, que es Guillerma. Mira, mira.

Y la infeliz le decía: «mira,» sin darse cuenta de lo que significaba el decirselo á su hermano. Y el ciego mismo, sin darse tampoco cuenta, le respondía:

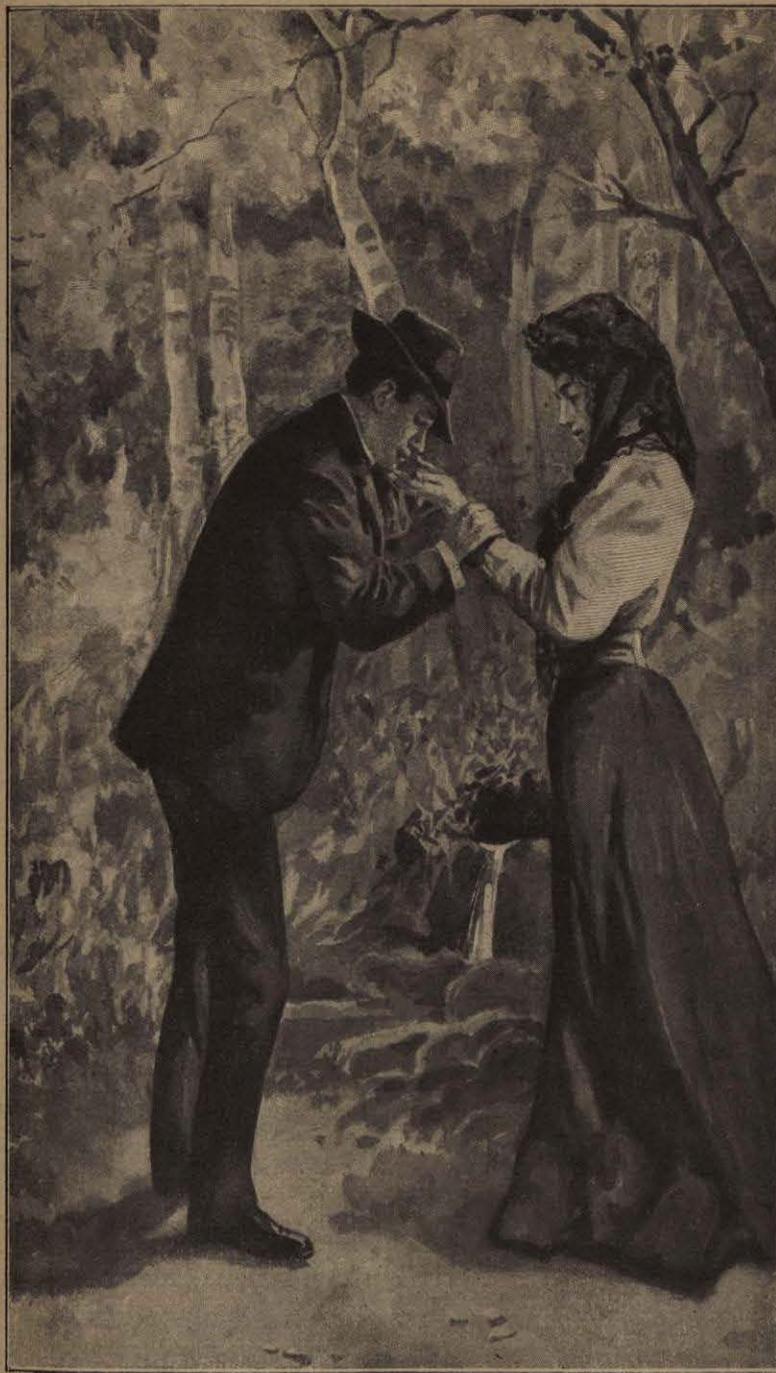
—Ya veo; sí, ya veo que eres feliz con Esteban. Yo no soy nada; pues quiero ser algo. Tú ya encontraste eso que llamáis amor. Podéis amaros. Yo no estorbo, pero también tengo derecho á un pedacito de amor en el mundo; y he de hallarlo; sí que he de hallarlo entre los seres que como yo van peregrinando por el mundo.

Y al decir esto, el ciego dió, tendido como estaba, media vuelta y se revolcó iracundo en el polvo del ribazo, gruñendo entre sus labios palabras entrecortadas, conceptos broncos que parecían brotar terribles de la tierra misma.

Acudió Esteban con Guillermina á calmar la excitación violenta, el furor morboso, y entre ambos le incorporaron. Tenía el rostro lívido, polvoriento, la boca duramente apretada, y todo el cuerpo se sacudía estremecido al lúgubre compás del resuello hondo, seco.

Guillermina lloraba en silencio. Sacó un pañuelo y limpióle á su hermano la cara, la ropa, el pelo desgredado y lleno de polvo.

—Antolín, hermanito mío; soy yo, soy Guillerma. Iremos tú y yo juntos por los caminos, por las carreteras adelante; yo seré tu lazarillo; y si Esteban quiere venir con nosotros, que venga. Le dejaremos venir.



El bebió con deleite hundiendo el dorado bigote entre las manos de Guillermina